

Las TIC en la educación andaluza

La incorporación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación a la práctica docente es, desde hace varios años, uno de los planes estrella de la Consejería de Educación, en el que se han invertido hasta la fecha varios cientos de millones de euros. La colosal magnitud de esta partida económica, destinada a dotar a casi mil quinientos centros educativos con nuevos equipos informáticos -aunque con un software educativo bastante escaso- debería obligar a los responsables del plan a reflexionar sobre la rentabilidad de los resultados obtenidos y los mecanismos de gestión utilizados.

En primer lugar, desde el convencimiento de que el mundo educativo no podía permanecer ajeno a las increíbles posibilidades didácticas que aportan los ordenadores, ¿era necesario llenar de ordenadores las aulas de casi la mitad de los colegios e institutos andaluces? Lamentablemente, aunque en algunos centros los ordenadores sí se utilizan con cierta frecuencia, un gran número de alumnos matriculados en centros TIC pueden confirmar que sólo usan los equipos un máximo de dos o tres horas a la semana (generalmente, durante las clases de Informática), lo que parece demostrar que se habían sobrevalorado las necesidades de equipamiento. Hubiera sido entonces preferible repartir el material entre la totalidad de los centros docentes de la Comunidad, lo que se habría traducido en un mejor aprovechamiento de los recursos y, además, evitaría la discriminación entre el alumnado que estudia en centros informatizados y el que no puede acceder a estas herramientas.

Por otra parte, ya que se ha producido un reparto desigual de las infraestructuras, podría aprovecharse tal circunstancia para contrastar la hipótesis de que la disponibilidad de ordenadores en un instituto mejora los resultados académicos conseguidos por sus alumnos. El procedimiento no resultaría muy complicado, pues bastaría con que la Consejería -que dispone de los datos necesarios- analizase si existe una relación estadísticamente significativa entre el hecho de estudiar en un centro de la Red TIC y las calificaciones obtenidas en las Pruebas de Diagnóstico o en otras evaluaciones externas más fiables.

Sin embargo, aunque desde Torretriana se decidiese llevar a cabo este estudio, sus conclusiones no tendrían la menor validez científica, ya que se computarían como alumnos de centros TIC a muchos jóvenes que no usan los ordenadores más a menudo que quienes estudian en colegios e institutos pobremente dotados.

Sentado lo anterior, cabe preguntarse cuál es el motivo para que un buen número de profesionales de la enseñanza no terminen de decidirse a incorporar las nuevas tecnologías a su quehacer diario. Habrá quien piense que los docentes son inmovilistas aferrados a la pizarra y a la tiza, gente poco dispuesta a adaptarse a los cambios sociales, cómodos refractarios a las demandas de nuestro tiempo, conservadores enemigos de las modernidades tecnológicas,... Pues nada más lejos de la realidad: la escasa afición del profesorado a usar los ordenadores en las aulas procede fundamentalmente de la

desilusión, pero no de la que surge como consecuencia espontánea de la falta de reconocimiento social, de la pérdida de autoridad, de la disminución de su poder adquisitivo, del acoso constante por parte de la Administración, de la violencia desplegada por algunos padres...

No, aunque evidentemente existe, no se trata de esa desesperanza. Es más bien la desazón que provoca el pésimo funcionamiento del sistema de mantenimiento y apoyo diseñado por la Consejería, canalizado por un servicio que ostenta el pomposo nombre de "Centro de Gestión Avanzado" (CGA). Tal vez un par de ejemplos permitan hacerse una idea de los sentimientos de frustración de quienes se han visto obligados, pese a sus buenas intenciones y en contra de su voluntad, a renunciar al empleo del ordenador en el aula.

Cada centro TIC cuenta con una plataforma en Internet, denominada Helvia, que abarca un sitio web, un aula virtual y una bitácora. El aula virtual ofrece un aspecto prometedor, ya que gracias a ella se podría -al menos teóricamente- facilitar a los alumnos materiales de estudio, recomendarles visitas a diversas páginas web, proponer la realización de actividades, recibir sus respuestas mediante un sistema de mensajería interna, participar en foros de debate, difundir anuncios y convocatorias, etcétera.

Por desgracia, esta pléyade de maravillas didácticas resulta prácticamente inutilizable por una cuestión difícil de creer. Para acceder al aula es preciso identificarse mediante un nombre de usuario y una contraseña, pero el programa informático encargado de gobernar Helvia muestra un fallo que los expertos aún no han sabido corregir: de forma aleatoria e impredecible, sin avisar, ¡cada poco tiempo las contraseñas cambian solas, sin intervención de ningún responsable o administrador! Esto impide que alumnos y profesores puedan ingresar en el sistema, de modo que todo el trabajo empleado por los docentes en preparar sus clases con ordenador se convierte en un esfuerzo baldío.

Otra asunto que desanima a los ilusos que pensaban en cambiar sus estrategias pedagógicas con el uso de los ordenadores es el peculiar protocolo de gestión de incidencias practicado por la Junta de Andalucía. En caso de que se produzca algún problema de poca entidad, una simple llamada telefónica al CGA de Sevilla puede bastar para resolverlo; ahora bien, cuando desde el Centro de Gestión no son capaces de determinar el origen de una avería se produce una situación esperpéntica: hasta que no conocen exactamente cuál es la causa de que los equipos no funcionen correctamente no envían a un técnico para efectuar la reparación, pero es que sin la visita previa del técnico no hay modo de saber qué es lo que hay que arreglar (más o menos como si para recibir la atención de un médico especialista se exigiese al paciente que antes de entrar en la consulta ofreciera un diagnóstico correcto de su enfermedad).

Así las cosas, aunque este curso escolar esté previsto gastar más de 86 millones de euros (¡casi quince mil millones de pesetas!) para proveer de ordenadores a otros 375 centros, no parece que entre las prioridades de la Administración figure el diseño de un método que permita rentabilizar el tremendo desembolso efectuado: probablemente, el impulso a la

creación de software se limitará a una nueva edición de un concurso de elaboración de programas dirigido a profesores aficionados a la informática, cuando lo que urge en este campo es establecer cauces productivos de colaboración entre los profesores que saben qué tipo de aplicaciones necesitarían para desarrollar sus asignaturas y los informáticos capaces de plasmar sus peticiones.

Además, mientras no se garantice que los sistemas funcionen sin exhibir errores garrafales y que las posibles incidencias se resolverán con la mayor agilidad, serán cada día más numerosos los profesores que desconfíen de las supuestas bondades de las nuevas tecnologías, ya que con demasiada frecuencia el ordenador se revela, más que como un obediente aliado, como un enemigo caprichoso.

En definitiva, que sin un cambio radical las TIC están condenadas a ser un fracaso estrepitoso, salvo que el verdadero interés de los políticos no sea mejorar la educación sino únicamente vender la imagen de que Andalucía se halla a la cabeza de la más moderna modernidad. Y lo peor no es ya que las TIC educativas acaben siendo un camelo, sino que se trata de un camelo carísimo.

10/10/2008 - **Francisco Capdevila**, secretario de APIA